



Arte: María Alicia Vizcaya

Experto en temas sutiles

Prólogo del libro “Al rescate de lo bello”, publicado en 2018 por la editorial Caballo Negro.

A mediados de 1997, Jorge Baron Biza decidió que ya era tiempo de volver sobre sus propios pasos. Tenía 55 años y, tras una larga temporada en Buenos Aires, estaba de regreso en Córdoba. Reunió entonces una serie de artículos –escogidos entre cientos que había escrito a lo largo de su carrera como periodista y crítico de arte– con la idea de publicar un libro. Era un gesto hacia adentro: conjurar la dispersión, unir los fragmentos, ordenar las hojas esparcidas por el viento. El material que había sobrevivido a varias mudanzas –en una época analógica y en los albores de Internet– consistía en una caja repleta de páginas sueltas que habían sido literalmente arrancadas de diarios, suplementos culturales y revistas especializadas donde Jorge Baron Biza había colaborado a lo largo de su vida. Sólo necesitaba encontrar a alguien que transcribiera los artículos en la computadora para comenzar a darle forma al proyecto.

Fue uno de mis primeros trabajos y estaba entusiasmada con la propuesta, a pesar de que la tarea asignada se relacionaba más con la dactilografía que con el periodismo. Para una estudiante –con apenas algunas materias cursadas en la carrera de Comunicación Social– no eran significativas las diferencias entre esos dos oficios. Los textos seleccionados nombraban personajes, autores y conceptos, en su mayoría, desconocidos. Oraciones encriptadas evocaban escenas remotas del mundo del arte y la cultura de todos los tiempos. Pero, a medida que avanzaba en la tarea, la escritura mecánica mutaba en una experiencia de hipnosis y fascinación. Con cada golpe de tecla, replicando el orden exacto en que cada letra había sido dispuesta, las frases abrían surcos lumínicos por donde discurría, mágicamente, el sentido. La conexión táctil habilitó, así, un proceso de transustanciación de ideas y palabras encantadas. Los movimientos de las manos sobre el teclado –más cercanos a la interpretación de una melodía en piano que al imposible acto de tipeo– fueron dibujando en la pantalla un laberinto incandescente sembrado de acertijos, lecciones y secretos.

Sólo seremos un texto

Dos días antes del atentado a las torres gemelas en Nueva York, Jorge Baron Biza se arrojó desde el doceavo piso de su departamento ubicado en el centro de la ciudad de Córdoba. Imposible imaginar en ese momento que su única novela, *El desierto y su semilla* –publicada en 1998 en una edición que pagó de su bolsillo– iba a ser elegida por la revista española *Babelia*, en 2016, como uno de los libros más destacados de la literatura de habla hispana de los últimos tiempos, además de ser traducido al francés, italiano, holandés e inglés, un privilegio del que gozan apenas un puñado de escritores

argentinos. Menos aún, podía sospechar que la revista *The New Yorker* —una centenaria e influyente publicación en la que pocos escritores argentinos fueron alguna vez reseñados— le dedicaría un artículo central en agosto de 2018.

El salto al vacío vino a confirmar algo que todos daban por descontado. “Una gran corriente de consuelos afluyó hacia mí cuando se produjo el primer suicidio en la familia. Cuando se desencadenó el segundo, la corriente se convirtió en un océano vacilante y sin horizontes. Después del tercero, las personas corren a cerrar la ventana cada vez que entro en una habitación que está a más de tres pisos. En secuencias como ésta quedó atrapada mi soledad”. Esas líneas consignadas en la solapa de su libro —quizás como desahogo, quizás como plegaria— finalmente devinieron en profecía y Jorge Baron Biza murió sin saber que su obra, con el paso del tiempo, iba a cobrar una dimensión impensada.

Además de *El desierto y su semilla*, Jorge Baron Biza escribió otra novela que aún permanece inédita. De ella sólo conocemos un fragmento que el autor envió, en forma de anticipo, a un blog y que incluimos en la selección de artículos para este libro.

La belleza accesible

A lo largo de su carrera, trabajó en los principales medios gráficos del país, y publicó numerosos escritos en revistas especializadas, suplementos culturales, catálogos de muestras y apuntes de cátedra. Otros formatos como conferencias, presentaciones, guiones y clases también forman parte del legado desconocido de este escritor. En el terreno periodístico, ningún género escapó a su pluma: crónicas, entrevistas, ensayos, comentarios y la reseña —donde alcanzó notas altísimas— son muestras de un espíritu preocupado por las más variadas aristas del quehacer cultural y la búsqueda incesante de la belleza en el mundo. Como señala Martín Albornoz, “el sobrevuelo constante de la dimensión autobiográfica como potencia y no como límite, la aproximación al arte como una arena de salvación y el recorte de la belleza accesible alimentan sus textos más disímiles”¹. El abanico de temas abordados, con agudeza y erudición, nos habla de un autor autodidacta con una sólida formación —especialmente en áreas como filosofía, historia del arte, literatura, estética y teoría de la cultura— y siempre abierto a la exploración y el planteamiento de nuevos enfoques para el análisis cultural y la crítica periodística. “Había estudiado en detalle el trasfondo filosófico de las grandes corrientes del arte, y tenía la capacidad inusual para articular las expresiones visuales con el conjunto de la cultura. Era frecuente leer en sus críticas citas de poemas o fragmentos

¹ Albornoz, Martín, (comp.) Por dentro todo está permitido (reseñas, retratos y ensayos de Jorge Baron Biza), Editorial Caja Negra, Buenos Aires, 2010, p.17.

literarios que iluminaban, como un fogonazo repentino, la pintura, la escultura, o la fotografía a la que se refería”².

La producción periodística de Jorge Baron se sitúa en diferentes puntos geográficos del país, principalmente en Buenos Aires, donde residió la mayor parte de su vida, y en Córdoba capital, donde vivió los últimos años. Según consta en su currículum, se inició – a comienzos de la década de 1970– en tareas de corrección y edición en la editorial Abril, una de las más importantes de la Argentina de aquel entonces; luego trabajó para otras editoriales reconocidas como Riesa, Edisar, Kapelusz e Hyspamérica, donde también cumplió funciones como traductor, prologuista y recopilador. En ámbitos periodísticos, fue jefe de redacción y subdirector de *La Revista y Arte al Día*, y colaboró en *First*, *Nueva*, *Clarín*, *Página/12*, *Tres Puntos*, *La Voz del Interior*, *Aquí Vivimos* y *Umbrales* entre otros medios gráficos del país. Entre 1969 y 1971 trabajó en la división noticias de *Canal 9* en Buenos Aires; en 1985 obtuvo el premio Uncipar como guionista y director de un corto cinematográfico y en 1995 condujo el micro televisivo “La cultura” en el canal de cable *Surcor* en Córdoba.

Además, tradujo *El Indiferente* de Marcel Proust y es autor del ensayo que acompaña ese mismo texto (editorial Rita-Rosemberg, 1987). En la dedicatoria de ese escrito –titulado “Notas sobre Magdalena y Lepré”– puede leerse una frase sugestiva que bien podría estar dirigida a él mismo: “experto en temas sutiles”. En 1992, incursionó en la docencia con el dictado de cursos sobre “Periodismo de revistas” en la Fundación Clásica y Moderna. A partir de 1995, dictó clases en la cátedra de Movimientos Estéticos en la Universidad Nacional de Córdoba y también en la Universidad Nacional de Catamarca, pero la ausencia de un título de grado y la burocracia universitaria le cerraron con doble vuelta de llave las puertas de los claustros académicos. “Me formé en colegios, bares, redacciones, manicomios y museos de Buenos Aires, Friburgo del Sarine, Rosario, Villa María, La Falda, Montevideo, Milán y Nueva York. Todavía me quedó tiempo para leer a Mann, traducir a Proust y trabajar treinta años como corrector, negro, traductor, *editing man* de unos trescientos libros, redactor y periodista, en una amplia gama de revistas que incluyó desde revistas pornográficas y *house-organs* de sanatorios psiquiátricos, hasta la escritura de horóscopos fundados sobre versos de grandes poetas y la subdirección de una revista de alta sociedad, pasando –por supuesto– por importantes obras culturales y varios años como reseñador de arte”³. En 1967, la madre

² Orosz, Demian; “La frontera entre los reinos”, *La Voz del Interior*, Córdoba, 5 de septiembre de 2002.

³ Albornoz, Martín, (comp.) Por dentro todo está permitido (reseñas, retratos y ensayos de Jorge Baron Biza), Editorial Caja Negra, Buenos Aires, 2010, p.10.

de Jorge Baron Biza se refirió a su hijo en una entrevista: “Trabaja, y sus hobbies son la música y la pintura. No le gusta la política”⁴.

Excentricidades

¿En qué tradición literaria podemos situar la escritura de Jorge Baron Biza? Como sostiene Martín Albornoz, “disponerlo en la ristra de los suicidados y marginales ha sido en cierto modo la reacción más obvia y a la vez más perezosa” de la crítica⁵. Pero además de la sentencia de habitante de los márgenes y miembro selecto del club de escritores de novela única y sin descendencia, Jorge Baron Biza cosechó otro calificativo que mejor lo define, el de escritor excéntrico, el cual responde tanto al carácter original de su obra como a su ubicación fuera del centro o, en todo caso, a la creación de un centro propio en cuyo núcleo late la pulsión estética y la búsqueda de la belleza como elementos constitutivos de su escritura. “Barón Biza sabía que vivir en Córdoba lo convertía, por esos milagros inversos de la cultura argentina, en la que todo siempre puede funcionar mal (y así sucede), en un excéntrico”⁶, dice Daniel Link respecto del escritor y de la novela que –desde su perspectiva– también tematiza la excentricidad: “La excentricidad de *El desierto y su semilla* y de su autor no es sólo geográfica (Baron Biza no se refugiaba en las confortables mieles del localismo literario) sino, sobre todo, familiar o, lo que es decir lo mismo, siniestra”. Jorge Baron Biza era consciente de las huellas que había dejado en su propia escritura esa condición errante que aparecía cifrada en una diversidad de nombres y lugares –a un lado y otro del océano– sin conexión aparente. Marcas de una existencia signada por incesantes traslados producto tanto de la turbulenta relación de sus padres como de los avatares políticos del país que lo habían llevado a rebotar de ciudad en ciudad durante gran parte de su vida: “Siento que escribo desde la mitad del Atlántico. Estoy con un pie en Europa y otro en América”⁷.

Los chispazos de esas tensiones entre centro y periferia parecen intensificarse a partir de su mudanza definitiva a la ciudad de Córdoba. La buena recepción que tuvo *El desierto y su semilla* por parte de la crítica porteña le permitió, al menos inicialmente, acortar la distancia con Buenos Aires, pero la aparente disminución de esa brecha no bastó para torcer el rumbo de un final anunciado. Escudado en la figura nómada del corresponsal, Jorge Baron Biza disimulaba esa condición paradójica: mientras oficiaba de

⁴ Nota original del archivo de Jorge Baron Biza, 26 de julio de 1967, Buenos Aires. Las respuestas de Clotilde Sabattini estaban dirigidas a la revista *Confirmado*, una publicación de Jacobo Timerman.

⁵ Ídem, p. 13.

⁶ “Un Edipo demasiado grande”, *Página/12*, Suplemento “Radar/Libros”, Buenos Aires, 16 de septiembre 2001.

⁷ “La novela de una vida”; entrevista de Ricardo Ibarlucía. Revista *Trespuntos*, Año 2, número 59, Buenos Aires, 19 de agosto de 1998.

enviado especial en Córdoba para los diarios capitalinos, figuraba como corresponsal en Buenos Aires para los medios cordobeses.

No hay cosa así

Córdoba era una caja de resonancia de las tragedias familiares de los Baron Biza y cuando Jorge eligió ese lugar para radicarse definitivamente también eligió enfrentar los fantasmas del pasado y aproximarse al ojo de un torbellino amenazante que podía arrastrarlo. Un monumento en forma de obelisco atraía como una aguja imantada las limaduras y filosos recortes de una historia difícil. Emplazado en cercanías de Alta Gracia –una localidad ubicada a pocos kilómetros de Córdoba capital– había sido construido en 1936 por su padre, Raúl Baron Biza, para honrar la memoria de quien fuera su primera esposa, la actriz y aviadora Myriam Stefford fallecida en un accidente aéreo. La magnífica tumba de ochenta y dos metros de altura –erigida sobre los restos de la joven aviadora y donde supuestamente también habían sido enterradas sus joyas– alimentaba todo tipo de fantasías y especulaciones entre el público cordobés. Años más tarde, la muerte de Raúl Baron Biza –cuyas cenizas fueron esparcidas en soledad por su hijo, Jorge, en las inmediaciones del monumento– sumada a los dramáticos sucesos que rodearon la partida del magnate no hicieron más que acrecentar la leyenda negra del mausoleo abandonado. En el imaginario popular se fueron fusionando los nombres de esa saga familiar y se confundieron acontecimientos, protagonistas y momentos históricos, hasta quedar todo perfectamente engarzado por el hilo de la tragedia y la locura. Si bien el monumento era una extravagancia, a la vez que un reflejo acabado de un acto de amor y desconsuelo, para Jorge Baron Biza constituía además una de las máximas manifestaciones del futurismo en nuestro país, de ahí su interés por la conservación del monumento y las gestiones desesperadas durante sus últimos años de vida para evitar que alguna vez fuera derrumbado, ya sea por efecto de la desidia, la incompreensión o la codicia: “Tiene un interés humano y de leyenda, pero también quisiera que se reconozca su valor arquitectónico. No hay cosa así en la Argentina, y debe haber pocas en el mundo”⁸.

El nombre en disputa

Jorge fue uno de los tres hijos del matrimonio conformado por el escritor Raúl Baron Biza y su segunda esposa, Clotilde Sabattini, militante radical y feminista. Su padre es autor de una obra literaria apenas recordada que se publicó con gran repercusión entre las

⁸ “Quiero que el monumento se preserve”, entrevista a Jorge Baron Biza en revista *Infierno Grande*, Córdoba, sin fecha.

décadas de 1930 y 60 en nuestro país. *Porque me hice revolucionario* (1934), *El derecho de matar* (1933), *Punto final* (1942) y *Todo estaba sucio* (1963) fueron algunos de los títulos con los que este singular personaje se ganó un lugar en las páginas más extravagantes de las letras vernáculas y el mote de “escritor maldito”.

Menos conocido es que Raúl Baron Biza, en 1926, editó “Charleston”, una publicación lujosa y efímera sobre el mundo del teatro de revistas, en la que aparecían insinuantes fotografías de las vedettes del momento junto con un popurrí de relatos sobre estrenos de obras, chismes, caricaturas y una suerte de guía con los principales entretenimientos nocturnos para la aristocracia porteña. Plumas, piernas, brillos y champagne. El contenido puede adivinarse con la mención de algunos ornamentos propios del ambiente de cabaret y la farándula de los años '20. Tal vez éste no sea más que un dato de color, pero permite una aproximación al conjetural análisis de las rupturas y continuidades entre las trayectorias de padres e hijos. Entre 1986 y 1991, Jorge Baron Biza se desempeñó como jefe de redacción y subdirector de *La revista*, una publicación al estilo “ricos y famosos” en la que se exhibían, como en una pasarela, los avatares de los personajes más reconocidos del espectáculo, la moda y la alta sociedad. La anécdota, igualmente, constituye un eslabón necesario para comprender por qué la diferenciación de esas dos figuras, que aún persisten en estado de espectral simbiosis y unidas por el halo siniestro ceñido sobre ese apellido, constituía para Jorge Baron Biza una materia pendiente: “Empecé a escribir muy tarde. Tal vez porque temía que me confundieran con mi padre, él mismo un escritor notable. Ahora tengo un cierto apuro. Tengo 57 años y no gozo de buena salud”⁹. Las incomodidades y oscilaciones que relataba Jorge Baron Biza en torno a la definición de su propio nombre también forman parte de ese ¿quién es quién?, un juego de velos y apariencias en el que la carta del deseo resulta la más valiosa. “Originariamente fui inscripto el registro civil como Jorge Baron Biza. Cada vez que mis padres se separaban, la conciencia feminista de mi madre exigía que se me agregase el Sabattini de su familia. Mi nombre actual es Jorge Baron Sabattini. No sé si Jorge Baron Biza debe ser considerado mi otro apellido, mi patronímico, mi nombre profesional o un desafío”¹⁰.

Estrella rosa

Rosa Clotilde Sabattini alcanzó notoriedad pública por su desempeño en el ámbito político y educativo a mediados del siglo pasado. Hija del líder radical y gobernador de la provincia de Córdoba, Amadeo Sabattini, Clotilde participó desde muy joven en las filas femeninas

⁹ “Desintegración”, entrevista de Daniel Link en *Página/30*, número 105, Buenos Aires, abril de 1999.

¹⁰ Baron Biza, Jorge; *El desierto y su semilla*, Editorial Simurg, Buenos Aires, 1998, pp.248-249.

del radicalismo. Con la llegada del peronismo al poder, conoció la cárcel y el exilio. El punto cúlmine de su carrera se produjo durante la presidencia de Arturo Frondizi, cuando fue designada presidenta del Consejo Nacional de Educación (1958-1962). Desde ese cargo, al que nunca antes había llegado una mujer, impulsó leyes pioneras en materia educativa -como la sanción del estatuto del docente-, promovió el régimen de doble escolaridad y también las cooperadoras escolares.

Pero la estrella de Clotilde comenzó a apagarse el 16 de agosto de 1964 cuando, tras incontables idas y vueltas, pactó reunirse –en presencia de sus abogados– con Raúl Baron Biza para acordar los términos del divorcio sin sospechar que el encuentro era, en realidad, una emboscada. Baron Biza había preparado la escena: una botella de whisky cargada con ácido, previa determinación de lanzar ese líquido corrosivo sobre el rostro de quien hasta entonces había sido su esposa.

Clotilde tenía cuarenta y cinco años y ese episodio marcó, además del comienzo de un infructuoso periplo para reconstruir su propio rostro tras recibir la agresión –narrado con minuciosidad y delicadeza por su hijo en *El desierto y su semilla*–, el inicio del desmoronamiento familiar. A ese acto infame, le siguió –en horas– el suicidio de Raúl Barón Biza, años más tarde –en 1978– el suicidio de Clotilde, luego el de Cristina –la hija menor del matrimonio–. El ácido no sólo borró las líneas armónicas que definían el perfil de una atractiva mujer –tenía un parecido asombroso con la actriz estadounidense Susan Hayward–, sino que también carcomió los demás acontecimientos de su vida. Los diferentes momentos en los que se escalonaba la biografía de Clotilde Sabattini quedaron finalmente subsumidos y anudados en ese fatídico suceso.

Quizás por esa razón, Jorge Baron Biza, se propuso rescatar –mediante un proyecto de escritura que nunca concretó– la imagen de aquella mujer profesional, moderna y militante que alguna vez supo ser su madre. Como explica Christian Ferrer, “seguramente Raúl Baron Biza tenía plena conciencia, antes de agredir irreversiblemente a Clotilde Sabattini, de que el estigma de la infamia lo iba a acompañar en la muerte, en tanto y en cuanto alguien recordara su nombre o sus libros”¹¹, pero posiblemente no calculó que el líquido corrosivo derramado en esa escena alcanzaría, tarde o temprano, a los demás miembros de la familia.

Culto y popular

La obra periodística de Jorge Baron Biza fue publicada con cuentagotas, a lo largo de su vida. La reputación y el reconocimiento como escritor, le llegó cuando ya había muerto. En 1999, había logrado concretar la publicación de *Los cordobeses en el fin de milenio*

¹¹ Ferrer, Christian; Baron Biza, el inmoralista, capítulo I “El hijo”, Sudamericana, Buenos Aires, 2007, p.29.

(Ediciones del Boulevard), un libro que recopila una veintena de artículos periodísticos escritos junto con su colaboradora, Rosita Halac. Esos escritos rebosantes de detalles y referencias del mundo urbano se lucen en la voz de un narrador exquisito, capaz de combinar la sencillez de un relato callejero con pinceladas de notable erudición. Jorge Baron Biza, con el traje de *flâneur*, no se priva de invocar al naturalista Georges Cuvier para introducir el tema de las catástrofes hogareñas ni de recurrir a Ambrose Bierce para analizar los graffittis callejeros o arrancar con un pensamiento de Heidegger (“el lenguaje es la casa del ser”) para sumergirse en el estudio de las jergas de los adolescentes. Y lo hace con oficio, acompañando al lector para que avance con soltura por los renglones, sin tener que sufrir los sobresaltos de una cita con fórceps o caer víctima de alguna operación lingüística artificiosa propia del intelectual presumido.

Numerosos críticos y escritores de renombre se ocuparon póstumamente de la obra de Jorge Baron Biza. En nuestro país, Christian Ferrer, Alan Pauls, Daniel Link, Sylvia Sáitta y María Moreno, son algunos de los intelectuales que repararon en el tinte prodigioso de su escritura. Además de celebrar su novela, siguieron su estela hasta los confines de los suplementos dominicales y las revistas culturales donde Jorge Baron Biza dejó, con sus exquisitas notas, un cielo centellante de agudas observaciones y las más variadas citas de la cultura universal en forma de retratos, reseñas y crónicas.

Entre los hilos que componen la sofisticada trama de su producción, encontramos infinitos cruces y ramificaciones capaces de desbordar las dicotomías con las que se suele encorsetar al periodismo cultural y que establecen falsas líneas divisorias entre la cultura de elite y la cultura popular. En 2010, un libro compilado por Martín Albornoz, titulado *Por dentro todo está permitido* (Caja Negra), nos permitió asomarnos a su obra periodística y conocer el laboratorio en el que se fraguó su método de escritura. Christian Ferrer recuerda a Jorge Baron Biza “como una persona amable, culta, lo que es decir autodidacta, alguien que se había formado a sí mismo. En la conversación se notaba su erudición, pero como al pasar. Como periodista, escribió algunas de las mejores notas sobre arte y cultura popular. Creo que se acercaba a obras de creación y a acontecimientos sin mucho preconceito: él iba a aprender”¹².

La vida y la muerte

¿Qué puede suceder cuando “el pasado empuja”? Algo de esa pregunta aparece en la crónica periodística que Jorge Baron Biza escribió tras la muerte de Alberto Olmedo, en 1988. Lirismo, pudor, suspenso, compasión y rigor en el análisis. Es un texto magistral

¹² “Una familia maldita: a 20 años de la última gran novela argentina”, por Luciano Sálche en *Infobae*, Cultura, Buenos Aires, 11 de febrero de 2018.

que lo tiene todo y debería considerarse entre las mejores piezas de la historia del periodismo cultural argentino. La tragedia del actor es reconstruida a la luz de los acontecimientos del pasado –la historia del teatro nacional, la comedia, el circo criollo, la revista porteña, las figuras de la calle Corrientes, el cine, los sets de televisión– en una narración que parece cobrar sentido a través de la mirada de un cronista dispuesto a bucear en las profundidades del alma hasta encontrar las palabras justas, que le den un sentido al absurdo de la muerte.

Es la nota de un adiós en la que el autor pulsa con suavidad la cuerda del reír y el llorar. En una segunda línea, es también el relato en caliente de un presunto suicidio (alguien cayó al vacío y no sabemos cuánto hubo de voluntad, cuánto de azar, en esa secuencia) y un primer examen de la zona afectada por el desastre. Escrita con la convicción de que el sentir popular merece el más hondo reconocimiento y que las frases para despedir a un personaje arraigado en el corazón de millones de personas deben bordarse con un hilo dorado sobre el fondo oscuro de la página, Jorge Baron Biza persigue un objetivo noble: abrigar con su texto al hombre de a pie y ayudarlo a encontrar en esas líneas algo de consuelo y resignación. Más que oficio y manuales, sabe que para narrar un suceso de estas características se requiere de una inmensa sensibilidad. No necesita testigos ocasionales ni recurrir a la fría letra de un parte policial.

El cronista hace una lista de quienes van a extrañar al actor tras su partida. Además del público –sumergido inicialmente en una sensación de desamparo y orfandad–, están los familiares, las amistades y los compañeros de escenario. Porque “Olmedo era más que un cómico. Era un planeta completo. Con estrellas que giraban a su alrededor”. El texto busca allanar el escarpado camino hacia la resignación, anticipándose a los sentimientos que sobrevendrán: el vacío por la ausencia y el desconcierto por el tiempo que necesariamente deberá transcurrir hasta que vuelva a nacer un nuevo ídolo popular.

“¿Qué pasará con los que quedan?”. Consciente de los efectos devastadores que produce la pérdida de un ser querido, Jorge Baron Biza asume que la vida de los que quedan se ha transformado “en una desértica pradera”. El escrito, publicado trece años antes de su propia muerte, parece un cofre lleno de secretos. “La vida y la muerte están separadas por una débil pared, delgada como una hostia”. Con la calma de quien ha estado en los bordes y sabe que ahí no hay nada, Jorge Baron Biza sale al encuentro del lector conmovido. “Nada perece, todo avanza hasta llegar a la inmortalidad” (Oscar Wilde). Será que hay algo más y no siempre todo pasa.

Fernanda Juárez